

## EL VUELO DEL ALBATROS

(De Rodó a Onetti)

Tengo ante mí dos textos y un cielo vacío. Detrás, en algún sitio de la pieza, la foto de un albatros, gallardo, como de nieve, poblando el cielo azul. Voy desde ese cielo al de la foto, los miro, los comparo, procuro olvidarlos. Allá no veré nunca un albatros; aquí la foto petrificó el vuelo y frenó el batir de las alas soberbias.

Vuelvo a los textos. Los releo. En uno se narra el regreso de un hombre a quien sus amigos daban por desaparecido o muerto. Apóstata de los ideales juveniles, había trocado la poesía de la vida por la prosa de la rutina y de la mediocridad. Sus amigos, al menos, lo creían así. Pero ningún entusiasmo estaba muerto en él. Los muchos años de ausencia, de tareas penosas y ordinarias, conservaron intacto un tesoro que ahora exponía ante el asombro y la melancolía ajenos. Soñaba con formas artísticas grandiosas; preveía destinos creadores y potentes; imaginaba una sociedad donde vida y poesía se aliasen en unidad formidable; y quería otra vez aquellos tiempos de juventud, dorados por la maravilla de una renovación perpetua y de un creciente enriquecimiento. Dos cosas habrían de oponerse a la energía de sus sueños: la muerte, que ya le rondaba, y la sequedad de alma de sus amigos. Porque éstos, que habían persistido en sus quehaceres artísticos, vivían como sombras, humillaban día tras día los afanes juveniles y eran incapaces de una resurrección que fuese a la vez regreso a la juventud y florecimiento de esa misma juventud en madurez estupenda.

El otro texto cuenta el ingreso al mundo de los adultos. Hay un joven confiado en sus fuerzas y en sus proyectos; hay un hombre que procura casarse con la hermana del muchacho; hay una boda frustrada por la intervención de ese joven que desprecia en el hombre maduro, precisamente la decadencia y la madurez; y hay también una venganza: pasados los años, el joven deja de serlo y se convierte en ese mísero individuo en quien naufragaron entusiasmos y sueños. Entonces aquel hombre maduro (que es quien narra) asiste—solicito, amoroso—a la ruina definitiva de la adolescencia y da la bienvenida al nuevo habitante del «tenebroso y mal cliente mundo de los adultos».

La historia literaria y la crítica me informan con precisión: el

texto primero tiene título: *Albatros*; autor, José Enrique Rodó (1). El segundo es un cuento: *Bien venido, Bob*. Forma parte del libro «un sueño realizado y otros cuentos» (1951); su autor, Juan Carlos Onetti. Me enseñan, además, a situarlos, a verlos en sus circunstancias, a discriminar las corrientes literarias que los nutrieron, las diversas influencias que padecieron, los estilos que los vuelven inconfundibles. Si pudiesen, me amonestarían: no es prudente desligarlos de sus ámbitos ni hacerlos entrar en relaciones fantásticas. Me aconsejarían la parcelación y la fijeza. Me pondrían trabas y cadenas. Quedaría atado, preso del encuadre, como el albatros que no me atrevo a mirar, detrás mío. Necesito, por tanto, reivindicar el derecho a la confrontación de lo disímil y a la antítesis violenta. Romper las ataduras, liberarme y propiciar el vuelo. Ir de Rodó a Onetti, ver el trayecto de esos años, aproximar los extremos: todos sabemos qué pasó, pero ¿lo sabremos *todo*?

## II

De Rodó a Onetti: el propósito es desmesurado. Debo ceñirme a ciertos límites y favorecer la sugestión oblicua. La perspectiva del vuelo no es la totalidad, sino la visión distinta. Es la tentación y el embeleso de la distancia, pero también el riesgo de la deformación y del engaño. De *Albatros a Bob*: el recorrido parece posible; las proporciones, más ajustadas. La imaginación y la fantasía—no debería haber crítica sin ellas—se mueven en terreno concreto y, desembarazadas y ágiles, se vuelcan en sus operaciones capitales: comparar, separar, comparar otra vez.

*Albatros, Bob*: son tan distintos sus mundos, que la desemejanza se torna sospechosa y forzoso el enfrentamiento. Ante la trayectoria de *Albatros, Bob* asume los rasgos de una desgarradora negación. Nada más opuesto, sin duda. Al mismo tiempo, nada que se le acerque tanto. Pero en su proximidad late un conflicto; su vinculación es la de los contrarios. La inesperada resurrección de *Albatros* es la muerte lenta y esperada de *Bob*. Alumbramiento en uno, en el otro disolución. Hay contactos, coincidencias, paralelismos puestos por el azar o descubiertos por el capricho. Parábola o cuento, participan de un elemento común: lo narrativo. En ambos el narrador asume la primera persona y el centro de lo narrado se desplaza hacia esas figuras—*Albatros, Bob*—cargadas de significación y resonancias y en estrecho vínculo con el narrador mismo. Tanto *Albatros* como *Bob*

---

(1) *Nuevos motivos de Proteo*.

(designados uno y otro por apodos) se instalan en el mundo de los adultos; Albatros para regresar. Bob para ingresar. Ambos viven una aventura interior, y la dimensión en que la cumplen es válida para los dos: el transcurrir temporal. El ensayista Rodó se sirve de la narración para animar y pintar su pensamiento; Onetti, el narrador, insufla su visión del mundo, su pensamiento, en la narración. Por caminos distintos, llegan a estructuras donde la cualidad discursiva y la clarividencia de la reflexión se equilibran con la fuerza emocional y la captación sensible y plástica. La vida se les vuelve historia, el acaecer se les encarna y la forma les exige un parejo tributo de consagración, coraje y martirio. Ambos son expertos y consumados artífices; dominan todos los secretos de la prosa; ritmo, adjetivación, léxico, etc. Para ambos, escribir es sacrificio y placer, rito excepcional y labor cotidiana. El título de maestro que el rapsoda de Ariel y Proteo mereció es otorgado ahora por los jóvenes—con estricta justicia—al autor de esas epopeyas del ensimismamiento donde Larsen o Díaz Grey viven la crisis de todos los valores. Más allá de que el primero creyese en lo bello con análoga pasión al descreimiento que el segundo pone en la belleza del decir, vale para ambos igual adoración de la forma, como tentativa dolorosa de comunicación. Porque los dos presentan un retraimiento similar, un saberse y sentirse distantes, aislados, sin raíces. Rodó se empeña en sobrellevarlo gracias a la prédica; Onetti, por la vía del sueño. A veces la prédica del primero parece sueño en voz alta; la ensoñación del segundo, invento que predica la atrocidad de nuestro mundo real. Ajenos uno del otro, según lo quiere la historia, proponen, sin embargo, una metanoia convergente: la salvación por el estilo.

Pero aquí terminan las coincidencias. Porque el capítulo de las antinomias es tan abultado como previsible. Cada lector ya habrá formulado—con escándalo o sin él—las suyas. Nada tienen que ver entre sí Rodó y Onetti, pensarán. Y yo asentiría gustoso. Nada, efectivamente. Pero nada impide observar en Bob la exacta contrapartida de Albatros.

### III

El texto de Rodó es parábola de la palingenesis; el de Onetti, metáfora del envejecimiento. Cuando Albatros regresa, después de treinta años, tiene la cabeza blanca, está postrado, no puede andar; sólo hace ademanes y habla. Pero su juventud—de otro metal—persiste. El narrador se sorprende: es primavera, dicha recobrada, resurrección. Cuando Bob se inicia en «la sucia vida de los hombres»,

sufre crisis de nostalgia, quiere mantener algún recuerdo del «país de juventud». Imposible. Aún no ha encanecido, y ya el envejecer está a su alrededor y dentro suyo. Puede moverse, ir de un lado al otro. Pero no irá a parte alguna. Su presente es el confinamiento; su futuro, la parálisis. Trabaja en cualquier «hedionda oficina», soporta el matrimonio con una gorda mujer, juega los domingos a las carreras por teléfono, hundido en el bar. No se sorprende el narrador, se complace en esa ruina, que es la ruina de todos. Ama ese naufragio porque es su venganza. Comparte al fin el otoño, la dicha disuelta, la extinción.

Albatros ha renacido, y renacer es vivir el milagro de su propia juventud. Don o reconquista, poco importa. Juventud es siempre renacimiento, manantial inagotable, fiesta reiterada. Nada se ha perdido. La ingenuidad reaparece no para desconocer y equivocarse caminos, sino para limpiar de malicia y de crítica perversa el corazón. La fe y el entusiasmo recobran su tono, dejan de ser añoranza y se transfiguran en atributos reales. Soñar una empresa es acometerla, poner en obra un proyecto es entrar en relación con la totalidad de las cosas. El signo de la juventud es el horizonte; su habitación, el espacio abierto; su motor, la apetencia de grandeza. El mundo es lugar modificable y su transformación empieza cuando se aceptan la audacia, el impulso y la tenacidad. Como en el vuelo del albatros.

Bob no podrá renacer, ni tiene esperanzas. Para él no hay recuperación. Vive la tragedia sorda de la juventud transitoria, y por transitoria, mentirosa. Admitir la verdad es reconocer que todo se pierde. El Bob que ingresa al mundo de los adultos es la caricatura de sus propios sueños; el residuo sonámbulo de la fe, el individuo tal cual es después del entusiasmo. Lo que para Albatros representan el arte, la poesía, la creación, fue para Bob la mujer joven, encarnada en su hermana Inés. Ambos están imantados por la esfera de lo ideal y hechizados por las criaturas del arte y de la vida, en las cuales juventud y eternidad son sinónimos. Pero mientras Albatros recupera sus sueños, Bob repite el ciclo del propio narrador: ya no es, no será nunca, para las adolescentes. Albatros, al resucitar, denuncia la claudicación de sus amigos; Bob, con su claudicación inevitable, perpetúa el envilecimiento. La denuncia del primero es negación y rechazo; la aceptación del segundo, confirmación y aquiescencia.

La resurrección de Albatros no es definitiva ni puede serlo. No sólo porque tras esa primavera milagrosa se embosca en la muerte, sino porque la dimensión en que su vida se desarrolla y dramatiza —el tiempo— no tolera lo definitivo. Sumo innovador, permite la metamorfosis y la renovación. Aliado del proteísmo, contiene todas las po-

sibilidades. Pero el transcurrir no es bueno ni malo en sí mismo. Puede colmar o vaciar, ser germen que llega al árbol y al fruto o hilo de agua que se pierde en aguas más vastas. La resurrección de Albatros acata esa ley del transcurrir; no acata, en cambio, la ley de la irreversibilidad. Su vida vuelve a su propia fuente sin retroceder; recobra su riqueza sin desandar caminos, hace del pasado, presente. Su trayectoria atestigua la potestad de lo reversible. El tiempo genérico deviene su tiempo personal. La memoria no es imagen para la nostalgia, sino alimento actualizado. Su adolescencia no había muerto, dormía; su fe y su entusiasmo no estaban deshechos, sino ocultos. Su vida anterior regresa. Su tiempo es destiempo o contratiempo admirable. Fugaz o delirante, su restauración tiene el sabor insustituible de la victoria.

No así Bob, por supuesto. Su existencia temporal—como diría Guignon (2)—es rectilínea, va derechamente de un punto al otro, de ayer a hoy, de hoy a mañana, sin poder regresar ni zafarse del confinamiento. Su tiempo no fluye para enriquecer, sino para destruir. Su vivir transcurre irreversiblemente; por lo tanto, es penoso desvivir. Su modo de ser consiste en un dejar de ser, o en un ir dejando de ser. El tiempo para él no se ha detenido, y ése es su horror, porque no se detendrá tampoco. Su juventud (ambiciones, sueños, afanes, hermosura, pureza) está muriendo día a día. Recordarla es lastimarse con la nostalgia, y cada herida, una huella más del empobrecimiento. Estar siendo, para Bob, es estar deshaciéndose. Su naturaleza es la del gerundio, y el gerundio, una constante en el estilo de Onetti. Sin embargo, es tan maravilloso como Albatros, aunque por motivos opuestos. Este es viejo que se rejuvenece; aquél, joven que se avejenta. El primero tiene el esplendor de lo excepcional: el segundo, la opacidad de lo genérico. Uno permanece en el reino del anhelo y del deber ser; el otro está entre nosotros, es cualquiera de nosotros, tal como somos. Al uno aspiramos, en el otro nos reconocemos. Albatros—como su apodo sugiere—es lejanía; Bob—le llaman ahora Roberto—, proximidad. Del uno al otro media toda una transformación del espacio, tal como mediaba una contraposición temporal. Albatros regresa de Argelia, de Orán, de una distancia efectiva; Bob proviene de un espacio ficticio: el país de la juventud. Albatros supone la realidad del espacio; Bob, su metáfora.

---

(2) Jean Guignon: *La existencia temporal*. Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1956.

#### IV

Ambos viven de modo diverso la encrucijada común de la identidad. Al recuperar los sueños de juventud, Albatros se posee y se reconoce. Su ser verdadero está en ese renacimiento, es ese renacimiento, y su identidad se revela: no es otro quien regresa, sino él mismo. Bob, en cambio, se convierte en otro. Con la lentitud y sucesión que corresponden al gerundio, van muriendo sus ambiciones y sus sueños; poco a poco, habituándose a esas muertes paulatinas, va naciendo un Bob distinto, el negativo tal vez del Bob juvenil, hasta caer en el mundo de los adultos. El hombre que ahora juega a las carreras por teléfono será —posiblemente— más verdadero que el muchacho. Quizá el único verdadero que habita ese cuerpo. Pero será además —consumado el proceso destructor— un hombre ajeno. En Bob la verdad no es reconquista, sino pérdida; y la identidad no se anuncia como afirmación y triunfo, sino como escisión, ajenidad y derrota.

La propuesta de Rodó a través de Albatros forjó esperanzas; la invención de Onetti puso en tela de juicio las esperanzas y mostró su falsedad. Tal apreciación puede extenderse —sin riesgo excesivo— al mundo de ambos escritores en cuanto creadores de figuras representativas. Ariel, Próspero, Proteo, entre los mayores de Rodó, y también Idomeneo, Perseo y David, Glauco. Unos y otros postulan —con optimismo o sin él— la esperanza de vida enriquecida, de renovación incesante, de activa resistencia contra los poderes del estancamiento y de la indiferencia. La imagen, en suma, de un hombre y una sociedad que el Uruguay de principios de siglo auguraba.

¿Cuál es la vida de Eladio Linacero o de Brausen, de Julio Malabia o de Juntacadáveres? Todos lo sabemos: estancamiento, indiferencia. Para ellos, renovarse es evadirse en el sueño y prolongarse, más allá de sus vidas breves, en otros hombres imaginarios. Su perduración es resignarse al tenebroso y maloliente mundo de los adultos; su heroísmo, aceptar la suciedad de la existencia. Sus vocaciones se cumplen en la sordidez; más aún: tienen vocación de sordidez. La prospectiva de Rodó culmina en mármol estatuario y limpidez estética. Los personajes de Onetti van y vienen entre el polvo, el sudor, la viscosidad (3). El Idomeneo rodoniano propugna un vivir abierto a las seducciones de la naturaleza y del arte, dispuesto a la solidaridad y a la alegría, contemporáneo de todos los ritmos, maleable ante los pensamientos diversos. También, un vivir organizado que obtenga

---

(3) «La pequeña vergüenza de estar vivos»: así leemos en *La vida breve*.

—por entre el caudal suculento de la realidad— el fruto exclusivo de su destino. Un hombre libre y armónico. La esperanza otra vez del microcosmos.

Pero tal hombre, hoy, es imposible. Su lugar está ocupado por ese hombrecito gris y tímido que pulula en nuestras ciudades, cerrado a los entusiasmos, embretado en oficinas y apartamentos, lastrado por la melancolía, ahído de rutina, sometido a una sola mujer o a una sola idea; ese hombrecito que vive la saga íntima de la trascendencia soñando ser otro y condenando sus propios sueños al mismo mundo sórdido y viscoso que lo rodea; ese hombre que atraviesa una realidad empobrecida, paralizada, ruínosa; que tiene por objetivo la fundación de un prostíbulo, y cuyos caminos están bloqueados, sus puertas cerradas, sin saber a dónde ir. Ese hombre acorralado, Bob, y no Albatros (4).

Si la corrosión obedeciese a un ritmo, ese hombre tendría el ritmo vital de la corrosión. Su atmósfera sería la de *El astillero*; su paisaje, un día de lluvia entre hierros viejos, yuyos invasores y olor a podredumbre. Su lentitud encierra algo de aterrador. Sus jornadas parecen una sola jornada interminable, de la cual se han suprimido la aventura y el cambio. O no se los ha suprimido, y la aventura se vuelve progresiva invasión del nihilismo, y el cambio, un modo aniquilador del suceder. La realidad se transforma, pero por inercia. El tiempo histórico pierde sentido—o uno de sus sentidos—y se convierte en el escenario donde todos los sentidos acechan. El empuje transformador posee tanta fuerza como la resistencia conservadora: ambos se neutralizan y se anulan. No es posible orientarlo ni meter las manos en su masa hipnotizadora y oscura, ni escapar del pozo del sujeto sufriente y valer como agente de un proceso. El cambio se identifica con la fatalidad. Sólo caben el llanto o el desdén, la congoja infinita o el asco. Al fin de cuentas, el cambio sobreviene fatalmente, es decir, absurdamente. Bob llora y se emborracha y, por último, acepta: ha cambiado, es un adulto, alguien o algo lleno de ruindad y mugre. Desgraciadamente, otro.

Tal nuestro ritmo. No es aún la muerte, sino la agonía. Sufrimos la escisión de nuestro yo y la imposibilidad de fundar nada, salvo el envilecimiento propio. Estamos acorralados, con las puertas cerradas, comiéndonos la pobreza. Somos un pueblo joven sin más horizonte que el envejecer. Respiramos apenas en un aire espeso, envenenado por los cadáveres de las ilusiones, de las apetencias y de las

---

(4) En *Una tumba sin nombre* se lee: «...se le ha muerto la pasión de rebeldía y trata de sustituirla con cinismo, con lo que está al alcance de cualquier hombre concluido».

confianzas. La fe ha desertado de nosotros o nosotros de ella; tanto da. Trabajos, esfuerzos, proyectos: todo nos lo roban. Si con los rostros de cada uno formásemos un solo rostro que nos representase, los rasgos serían inconfundibles y oprobiosos: el rostro de un hombre estafado. El ritmo de la corrosión desemboca en la pérdida de auténtico ritmo. Andamos a la rastra, remolcados por ritmos ajenos, condenados a una marginalidad irredenta. Todos lo han sabido, Rodó lo sabía, nosotros también. De Albatros a Bob hemos padecido el ácido insidioso de la frustración.



Vuelvo al albatros de la fotografía, y aunque me acongojo, no me resigno. Tal vez de nada me sirve mirarlo. Su cielo y su mar son ficticios. Es como pájaro de museo, no tiene vida ni movimiento. No se parece siquiera al más humilde y desvencijado de los sueños. Pero me obliga a figurar otro. Siempre otro, como el hombre que concibieron Próspero y Proteo, Brausen y Bob. Imagen o realidad, el albatros es puro querer, y ese querer tiene un solo objetivo: el vuelo. Enlaza los términos distantes, inventa el espacio y el tiempo y, generando su ritmo, los convierte en tiempo y espacio propios. Inmensas las alas, blanquísimo el cuerpo, busca—entre todos los aires—el suyo. Su signo es esa búsqueda. Si pudiera avistarnos sabría que aquí, en este lado sucio de la vida, soñando y peleando, también buscamos otra realidad, otros aires, otros hombres.—ALEJANDRO PATERNAIN (*Beyrouth, 1274. MONTEVIDEO, Uruguay*).

## SOBRE LA TEOLOGIA DE JUAN DE VALDES

El *Juan de Valdés* de José C. Nieto, publicado recientemente en inglés (1), es quizá una de esas obras que originan un cambio radical en la dirección de los estudios en un determinado campo de investigación. Ha recibido ya alguna atención en revistas académicas y ha sido considerada como una aportación valiosa a los estudios valdesianos. Un ejemplo de la actitud de la crítica frente a este libro es la opinión de Marcel Bataillon. En su contribución a *Hommages à*

---

(1) José C. Nieto: *Juan de Valdés and the Origins of the Spanish and Italian Reformation*. Ginebra, Librairie Droz, 1970 (Travaux D'Humanisme et Renaissance, vol. CVIII).